

El hombre de hierro. Límites sociales y naturales del capital en la perspectiva de la gran crisis¹

Tamara Perelmuter²

En 2008, cuando Armando Bartra concluyó la primera versión de este libro, denominada en aquel entonces *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, una nueva crisis del capitalismo global asomaba, pero, como ya ha sido ampliamente discutido, no se trataba solamente de una crisis económica coyuntural. Será por este motivo, que cinco años después decidió actualizarlo. En esta segunda edición se añaden tres nuevos capítulos, en los que el autor precisa su perspectiva teórica y actualiza su caracterización de la crisis actual y de las alternativas políticas que ésta exige.

El autor –sociólogo e investigador; doctor Honoris Causa por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina y director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya– es especialista en temas como la historia de México, la cultura y el campo, y autor de una gran cantidad de textos que dan cuenta no sólo del profundo conocimiento que tiene por la temática, sino, sobre todo, de la pasión que lo guía a estudiarla; entre los que se encuentran: *Cosechas de ira: economía política de la contrarreforma agraria* (2003); *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la*

¹ Armando Bartra, Editorial Ítaca/UACM/UAM, México, 2014, segunda edición aumentada.

² Licenciada en Ciencia Política, Becaria Conicet, Instituto de Investigaciones Gino Germani (IIGG)-UBA, e-mail: tamiperelmuter@gmail.com

renta de la vida (2006); *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión* (2009); *La utopía posible. México en vilo: de la crisis del autoritarismo a la crisis de la democracia* (2000-2008) (2010), y *Tiempo de mitos y carnaval. Indios, campesinos, revoluciones. De Felipe Carrillo Puerto a Evo Morales* (2011).

Con relación al libro en cuestión, si bien no lo hace explícito, no dudaríamos en afirmar que se enmarca dentro de la Ecología Política, un novedoso paradigma epistemológico y metodológico en los estudios rurales, crítico con los paradigmas de la modernidad y la fe puesta en el progreso; un campo teórico-práctico en conformación, que se interroga sobre las luchas y relaciones de poder que se juegan en la definición de los territorios y en la distribución de los bienes comunes naturales (Alimonda, 2006; Leff, 2006; Escobar, 2011).

Es importante destacar que, no sólo por las citas textuales, sino por la metodología y las categorías empleadas, se nota una cuidadosa lectura de Marx y sus seguidores antiguos y contemporáneos. Es por esto que en “Tiempo de carnaval”, su primer capítulo, Bartra realiza un agudo recuento de los que considera los “pendientes del pensamiento marxista”, y lo hace posicionándose dentro de esta corriente, “con el ánimo carnavalesco de quien sepulta muertos para abrirle cancha a los vivos” (Bartra, 2014: 22). Otro aspecto que se evidencia, es que no sólo ha leído a Marx, sino que bien podemos decir que se trata de un hombre que visita con frecuencia tanto los campos de la sociología, como los de la filosofía, la ciencia política, la economía, hasta la literatura o la cultura popular. Y lo hace con un estilo poco solemne, con toques de humor en su escritura, que no significan, sin embargo, que le falte rigor, ni que esté ausente de planteamientos, más bien todo lo contrario.

En el segundo capítulo, “Del luddismo utópico al luddismo científico”, nos presenta al protagonista, quien le da nombre al libro, el hombre de hierro, “(...) el monstruo frío, el autómatas animado que en los tiempos del gran dinero se cierne sobre la producción y el consumo, sobre la vida pública y la privada, sobre la vigilia y el sueño” (Bartra, 2014: 22). En esto, retoma al propio Marx, quien utiliza esta metáfora

para referirse a la dominación del trabajador por la máquina y, por extensión, a la configuración material que adopta la opresión capitalista.

Marx en "La tecnología del capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización" (extracto del manuscrito 1861-63) (2005) describe el luddismo –aquel movimiento contra los despidos y los bajos salarios ocasionados por la introducción de las máquinas– como una lucha precursora contra la "fuerza productiva" específica del capitalismo, "la primera declaración de guerra contra el medio de producción y el modo de producción desarrollados por la producción capitalista" (Marx, 2005: 50). De esta manera, el capitalismo confina una bomba de tiempo en sus entrañas: el trabajo muerto en oposición al trabajo vivo; que no es otra cosa, que el hombre de hierro en oposición al hombre de carne y hueso, o sea el proletariado.

De esta manera, Bartra realiza una aguda crítica a la ciencia y la tecnología, repitiendo una y otra vez que nos son neutrales:

Las máquinas tal como nosotros las conocemos, son el fruto de una tecnología (y seguramente también de una ciencia) que ha sido pensada toda ella sobre la base del presupuesto del trabajo enajenado. En una situación diferente, la transformación debería interesar al mismo proceso de conocimiento y de realización tecnológica en cuyo término se encuentra la máquina.

(Napoleoni, 1976: 117, en Bartra, 2014).

Será por eso, que el cierre de este capítulo es contundente al expresar que para cambiar el sistema, para acabar con el conflicto entre hombre de hierro y hombre de carne y hueso, no es suficiente que la tecnología cambie de manos y de propósitos ("expropiar los expropiadores"), sino que es imprescindible transformar el proceso de trabajo mismo y producir otras máquinas a partir de otros conocimientos y para otra producción (Bartra, 2014: 112).

En el capítulo que sigue, "El reino de la uniformidad", Bartra profundiza sobre la discusión en torno a la relación entre la ciencia moderna

y el capitalismo (o el “sistema del mercantilismo absoluto”, en términos del autor). En esta oportunidad, el eje está puesto en la obsesión del sistema por la uniformidad. En sus propias palabras: “(...) el emparejamiento del hombre y la naturaleza por obra de la libre concurrencia más desmecatada nos tiene al borde de la extinción como especie. Sin exculpar a las relaciones de propiedad y de producción, enfatizo aquí la responsabilidad del modo material de producir y de consumir, y también de una ciencia y una tecnología que, lejos de ser neutrales, desde fines del siglo XVIII interiorizaron la racionalidad capitalista” (Bartra, 2014: 22).

De esta manera, profundiza en lo que James O’Connor (2001) había denominado una exacerbación de la “segunda contradicción del capitalismo”, materializada entre el capital y la naturaleza, en la medida en que el primero tiende a autodestruir sus condiciones de producción (entre ellas el entorno natural). En términos de otro autor marxista, la auto-valorización del capital, en una escala de producción y reproducción cada vez más amplia, no reconoce límites externos, de modo que “la contradicción entre una naturaleza limitada conviviendo con necesidades ilimitadas y la ilimitada acumulación de capital es intrínseca al capitalismo” (Altwater, 2009: 8). Se trata entonces, de la apropiación y uso destructivo que hace el capitalismo de la fuerza de trabajo, del espacio y de la naturaleza externa o del ambiente. Vale aclarar, que no es que antes esta contradicción no existiera, existe, nos va a remarcar Bartra, desde el origen mismo del capitalismo, sin embargo, aparece con más intensidad debido al carácter global, internacional y complejo con que se manifiesta hoy la destrucción ambiental.

“Perversiones rústicas” es, desde mi punto de vista, el capítulo nodal del libro. Centrado en analizar qué ocurre en los mundos rurales con el avance de “(...) el mar de mercancías que es el reino del gran dinero (...)”, enfatizando también en qué ocurre con el “(...) hombre y la naturaleza, dos entidades rebeldes a las que se puede poner precio pero cuya reproducción escapa al círculo vicioso de la valorización del valor” (Bartra, 2014: 22).

Tal como remarca el autor (2014)

...el capitalismo es industrial por antonomasia, pues la fábrica es propicia a la uniformidad tecnológica y la serialidad humana. La agricultura, en cambio, es el reino de la diversidad: heterogeneidad de climas, altitudes, relieves, hidrografías, suelos, especies biológicas, ecosistemas y paisajes, que históricamente se ha expresado en diversidad de frutos y prácticas productivas..." (2014: 119).

Es por esta razón que la agricultura siempre fue considerada "... una producción incómoda para el gran dinero" (Bartra, 2014: 130). La heterogeneidad agraria es perversa para la economía capitalista, razón por la cual, desde sus orígenes, el capitalismo hizo todos los intentos posibles por subordinarla a los procesos industriales, una forma de hacerla más controlable.

Ese gran sueño tuvo su inicio de consumación a principio del siglo xx cuando, a partir de la llegada de las semillas híbridas, comenzó a revertirse el proceso de manejo de la propia semilla por parte del agricultor.³ Si bien, históricamente los productores realizaban la selección de los mejores individuos de cada especie para cruzar o promover adelantos paulatinos en su producción, ahora las semillas compradas ya incorporaban el material genético para su óptimo crecimiento. Se trató de un eslabón fundamental en el incipiente nacimiento de las grandes compañías de semillas. Este proceso que se consolidó a mediados de dicho siglo con la implementación de la Revolución Verde en los países del

³ Se trata de un proceso de cruzamiento entre dos individuos de diferentes especies, técnica que rompe la identidad esencial de tipo genético entre la semilla –medio de producción– y el grano de consumo final, de forma tal que el rendimiento decae sustancialmente en la segunda generación de la planta obtenida a partir de semillas híbridas. De esta manera, el grano producido a partir de un material híbrido no conserva sus características productivas y, por tanto, no puede ser utilizado como semilla en la campaña siguiente.

sur, fue la implementación de nuevas relaciones de producción agrarias como correlato de las formas de producción fordistas desarrolladas en las fábricas (Brand, 2005). Significó, entre otras cosas, un cambio cualitativo y cuantitativo en el uso de insumos externos, donde el agro comenzó a ser invadido por nuevas tecnologías de mecanización, agroquímicos, semillas mejoradas y renovadas técnicas de irrigación, conformando el “paquete tecnológico”. En ese sentido, Bartra (2014: 136) será categórico:

La tecnología se impone por completo sobre el agricultor y el campesino deja de usar el ‘paquete tecnológico’ para ser usado por él. Con ello se invierte también su relación con la ciencia impresa en la tecnología pues la química y la genética en que se basan los nuevos recursos no son conocimiento sobre los ecosistemas –como el de los agricultores– sino sobre sus componentes simples. Y cuando el labrador es un campesino el resultado de esta inversión es que ya no sólo trabaja para el capital, sino que es obligado a trabajar como el capital, en un comportamiento contra natura que con frecuencia lo lleva a la ruina.

Ahora bien, este modelo productivo sólo logró consolidarse con la aparición de la biotecnología, que cobró en las regiones agrarias gran relevancia con la aparición de las semillas transgénicas, que comenzaron a ser comercializadas junto con productos químicos, a los que son inmunes, y maquinarias para la siembra directa, conformando un nuevo paquete, ahora biotecnológico, cuya potencia está justamente en la utilización conjunta. De esta manera, el mercado de semillas se ha conformado como un espacio sumamente atrayente para los grandes capitales, ya que “(...)las semillas son el primer eslabón de la cadena alimentaria. Quien controle las semillas, controlará la disponibilidad de alimentos” (Ribeiro, 2002:114).⁴

⁴ En la actualidad, 10 empresas manejan 73% del mercado mundial de semillas. Las principales empresas que concentran este mercado son Monsanto, EEUU; Du Pont / Pioneer, EEUU; Syngenta, Suiza; y Limagrain, Francia (ETC, 2011). Estas mismas empresas controlan 100% de las semillas transgénicas (Shiva, 2003).

A partir del uso de las tecnologías biológicas el ser humano ha modificado de manera radical su relación con la reproducción de las especies, creando mecanismos legales para consolidar la naturaleza como una mercancía, un ente cosificado, convertido enteramente en materia prima con el fin de ser explotada y revalorizada (Leff, 2002). En el ámbito jurídico, esta expansión sin precedentes de las relaciones económicas ha llevado, necesariamente, a una ampliación de la esfera de los bienes apropiables. Tanto las semillas como los saberes de las comunidades y pueblos ancestrales son también transformados en mercancías. Mediante un esfuerzo teórico y legislativo de adaptación, el sistema jurídico es reconfigurado para que esas mercancías se conviertan en bienes jurídicos susceptibles de regulación según el sistema de propiedad.

Tal como ya remarcaba Bartra en un texto que publicó en el año 2001:

Si en los siglos XVIII, XIX y XX un gran conflicto fue el destino de la renta capitalista de la tierra y de los bienes del subsuelo, a fines del siglo pasado y en el presente, la rebatiga es por la renta de vida. Y en las dos épocas los grandes perdedores son las comunidades campesinas e indígenas (...) Si el monopolio sobre la tierra y sus cosechas dio lugar a rentas colosales generadas especulando con el hambre, la usurpación de la clave genética de la vida en una fuente aún más grande de poder económico, pues pone en manos privadas la alimentación, la salud y cerca de la mitad de los procesos productivos" (Bartra, 2001: 20-2. El subrayado es nuestro).

Con mucha claridad, el argumento continúa en el capítulo siguiente, donde el autor cuestiona, en nombre de la "economía moral", el mito de la regulación automática de la producción por el mercado. Aquí retoma a otro gran analista de nuestro tiempo, el húngaro-estadounidense Karl Polanyi, quien utilizó la noción de "mercancías ficticias" para explicar qué ocurre con la tierra, el trabajo y el dinero en la "sociedad de mercado". De acuerdo con este autor, ninguno de estos elementos son estrictamente mercancías, ya que no son producto del trabajo humano ni

fueron producidos originariamente para la venta en el mercado. Es obvio que la tierra, como parte del planeta, no ha sido producida por los seres humanos, y mucho menos para su venta; la llamada fuerza de trabajo, enfatiza el autor, es sólo otro nombre para referirse a los seres humanos, y de hecho constituye una parte de su existencia. Sin embargo ningún ser humano ha salido de una fábrica para ser vendido en el mercado. No obstante, es con ayuda de esta ficción que los mercados reales de trabajo, tierra y dinero han sido organizados en la economía mercantil.

Ahora bien (...), si se permitiese que el mercado fuese el único director del destino de los seres humanos y de su entorno natural (...) se demolería la sociedad (...), la naturaleza quedaría reducida a sus elementos (...), los paisajes se ensuciarían, los ríos se contaminarían (...), se destruiría el poder de producción de alimentos y materias primas” (Polanyi, 2007: 122-124).

Para Bartra, fiel a su estilo optimista, “La saga del capitalismo es la saga del mercantilismo y de la resistencia al mercantilismo. El veneno produce su antídoto” (Bartra, 2014: 156), por esto, los dos capítulos que siguen, “Dentro y fuera” y “La conspiración de los diferentes”, están dedicados a las grietas del sistema, a las resistencias de “los hombres de carne y hueso”. En ellos, elabora la idea de la necesidad de construir una “(...) izquierda de izquierdas; zurda ecuménica dotada de un incluyente proyecto alternativo que trascienda los particularismos sin avasallarlos” (Bartra, 2014: 23), integrada por la tradicional clase subalterna (el proletariado fabril), pero, sobre todo, incorporando a indígenas y campesinos, sujeto social al que Bartra presta particular atención a lo largo de toda su producción teórica y, en especial, en su práctica política.

Los capítulos finales fueron incorporados en la segunda edición, y están orientados a desentrañar lo que varios autores han denominado *crisis civilizatoria*, y que Bartra denomina *Gran Crisis*. “El hilo conductor es aquí la convicción de que la crisis es una y, directa o indirectamente,

sus múltiples facetas apuntan todas a la erosión de las condiciones naturales y sociales que hacen posible la vida humana" (Bartra, 2014: 23).

Para analizar este proceso es necesario remontarse hacia fines de los años sesenta cuando comenzaron a tornarse evidentes los límites que planteaba la forma fordista de producción, basada en la producción en masa, el uso indiscriminado del espacio, la infraestructura urbana y la naturaleza (O Connor, 2001), y la exacerbación del consumo. Para ese mismo momento, y como reflejo de la irracionalidad ecológica de los patrones dominantes de producción y consumo, sustentados por la industrialización y otras formas de producción de los tiempos modernos, comenzó a hacerse visible lo que luego se denominará crisis ambiental o crisis ecológica. Tal como la entiende Leff (2002), no se trata meramente de una catástrofe ecológica ni de caprichos de la naturaleza (inundaciones, sismos, huracanes), sino que refiere a una verdadera *crisis de civilización*, efecto de cómo fue construido el mundo tras la modernidad bajo el dominio tecnológico por sobre la naturaleza. De alguna manera, esta crisis puso de "(...) manifiesto los desajustes entre la conformación ecosistémica del planeta y el modo de apropiación capitalista de la naturaleza" (Leff, 2002: 313).

Recuperando la histórica consigna del Mayo Francés: "Seamos realistas, pidamos lo imposible", el libro termina destacando la importancia de los estudiantes como sujetos dinámicos y contestatarios, protagonistas de las movilizaciones de los últimos tiempos. Y para el caso mexicano, el ejemplo es el movimiento estudiantil #YoSoy132, que tomó forma de multitudinarias movilizaciones, una acción no partidista, pero claramente política en repudio a Enrique Peña Nieto, entonces candidato del PRI a la Presidencia de la República.

Entre sus propuestas, hay una que llama la atención: "carnavalizar la política", y en este punto sus palabras son elocuentes:

Quizá porque la historia de nuestros pueblos está tachonada de matanzas, quizá porque aquí los movimientos contestatarios suelen terminar en cruentas represiones, quizá porque muchos de nuestros líderes sociales terminaron

mueritos o encarcelados, en los países orilleros tenemos una visión necrológica y panteonera de la rebeldía social, y con frecuencia olvidamos su lado jubiloso, festivo, lúdico, carnavalesco. Por suerte los jóvenes del mundo que están saliendo a las calles a bailar y cantar su indignación nos recuerdan que, (...) como escribió Alexander Ivánovich Herzen en el siglo XIX: 'la risa es revolucionaria'".

A lo largo del recorrido que realiza Armando Bartra y que aquí intentamos reflejar, surge la pregunta acerca de si estamos derrotados, sin embargo, nuevamente aparece con énfasis su optimismo: "(...) el hombre y la naturaleza serán el muro insalvable con que en definitiva se tope el hombre de hierro, un límite que no puede trascender sin destruirnos a todos y a sí mismo, una cota que no le dejaremos cruzar simplemente porque en ello nos va la vida" (Bartra, 2014: xx).

BIBLIOGRAFÍA

- Alimonda, H., 2006, "Una nueva herencia en Comala (apuntes sobre la ecología política latinoamericana y la tradición marxista)", en Alimonda, H. (comp.), *Los Tormentos de la Materia, Apuntes para una Ecología Política Latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires.
- Altvater, E., 2009, "La Ecología desde una óptica marxista", en el curso *Ecología política en el capitalismo contemporáneo*, Programa Latinoamericano de Educación a Distancia, Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini, Buenos Aires.
- Bartra, A., 2001, "La renta de la vida", en *Biopiratería y Bioprospección en Cuadernos Agrarios*, Nueva época, Núm. 21, CECCAM, México.
- Bartra, A., 2008, *El hombre de hierro. Los límites sociales y naturales del capital*, Editorial Itaca, México, DF.
- Brand, U., 2005, "El orden agrícola mundial y la sustentabilidad tecnológica", en *¿Un mundo patentado? La privatización de la vida y del conocimiento*, Fundación Henrich Boll, Buenos Aires.

- Escobar, A., 2011, "Ecología Política de la globalidad y la diferencia", en Alimonda, H. (comp.), *La colonización de la naturaleza*, Colección Grupos de Trabajo, CLACSO, Buenos Aires.
- ETC grupo, 2011, "¿Quién controlará la economía verde? Nuevo reporte sobre la concentración corporativa en las industrias de la vida" en *Communique*.
- Leff, E., 2002, *Saber Ambiental. Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*, Siglo XXI, México.
- Leff, E., 2006, "La ecología política en América Latina: un campo en construcción", en Alimonda, H. (comp.), *Los Tormentos de la Matéria, Aportes para una Ecología Política Latinoamericana*, CLACSO, Buenos Aires.
- Marx, K., 2005, "La tecnología del capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de trabajo al proceso de valorización", (extracto del manuscrito 1861-63), selección y traducción de Bolívar Echeverría, Ítaca, México.
- O' Connor, J., 2001, "¿Es posible el capitalismo sostenible?", en Alimonda, H. (comp.), *Ecología Política. Naturaleza, Sociedad y Utopía*, CLACSO, Buenos Aires.
- Polanyi, C., 2007 [1957], *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- Ribeiro, S., 2002, "El poder corporativo y las nuevas generaciones de transgénicos", en Heineke, C. (comp.), *La vida en venta: transgénicos, patentes y biodiversidad*, Ediciones Boll, México.
- Shiva, V., 2003 [2000], *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*, Paidós, Buenos Aires.

